

LO QUE SUGIERE LA IMAGEN DEL SOBERANO

Escribe: MIGUEL AGUILERA

La imagen del soberano acuñada en monedas y medallas, o trazada en lienzos y retablos, fue siempre objeto de particular consideración, y en ocasiones, de celo rayano en crueldad. Nuestro Señor Jesucristo se cuidó de caer en la celada que le tendieron arteramente los fariseos, con el objeto de comprometerle en un lance político sospechoso ante el gobernador romano de la Judea. Sin embargo, la cautela tan divina como humana de Jesús le hizo entender que los enemigos de su doctrina de recuperación, obraban con refinada hipocresía para suscitarle animadversión de parte de los funcionarios imperiales. La pregunta que el más astuto de aquéllos le hiciera fue esta:

—Maestro: sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes a respetos humanos, por que no miras a los hombres por las apariencias, sino que enseñas el camino de Dios según verdad. Así, pues, te preguntamos ¿es lícito pagar tributo al César, o no se lo pagamos?

A lo que Jesucristo, recordando la tradición israelita de tener como símbolo de autoridad soberana, la imagen del príncipe estampada en las monedas, y poniendo gravedad en su rostro, y dignidad en sus palabras, les contestó:

—¿Por qué me tentais? Traedme acá un denario para que lo veamos.

No adivinaron los fariseos y doctores de la ley lo que el Señor se proponía, y movidos por la curiosidad que les causaba la demanda de una moneda frente al problema de moral política, le entregaron lo que pedía. Tomó el Maestro el denario en su diestra, y mostrándolo por su frente al grupo de farsantes, les interrogó con austera sencillez:

—¿De quién es esta figura? ¿A quién se refiere la leyenda del contorno?

—Del César, al César.

—Pues entonces, ya que me lo preguntais, os digo que deis al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

San Marcos no comenta, sino que los fariseos se maravillaron de la respuesta: *Et mirabantur super eo.*

Encontrarán extraño los lectores que para narrar unas pocas ocurrencias históricas en que alterna la estampa de reyes españoles, haya tenido yo que apelar al testimonio del evangelio cristiano. Empero, nada más lógico que buscar en la fuente de la sabiduría la razón de un simbolismo político, que, practicado entre judíos, era ya conocido de todos los pueblos y naciones capaces de expresar por signos plásticos el concepto de la autoridad soberana. No hay literatura histórica antigua o moderna que no ofrezca incidentes, episodios o percances en que el retrato del caudillo supremo, del jefe del Estado, del gestor de la felicidad nacional o del déspota inexorable, no dé ocasión para un entretenimiento o para remover una protesta. En la de Colombia no se menudean las escenas de ese tipo sensacional, que si insignificantes en apariencia, llevan en su entraña el germen de una enseñanza de fondo. Son ocasiones que asocian el instante de la rebeldía humana contra los excesos del poder; o sitúan a éste sobre el plano inclinado de una vindicta cruel, ejercida contra los débiles que en su hora clamaron por la justicia y la libertad.

Para muestra de lo que significa el tema, voy a referir sumariamente el incidente antojadizo del tirano Lope de Aguirre, la terrífica venganza de Sámano y Morillo por leves retozos de la multitud, y la clave salvadora de nuestro primer bibliotecario público don Manuel del Socorro Rodríguez.

Ello fue así: el ambicioso y resentido Lope de Aguirre, tan valeroso y audaz como inclinado a la perversidad, paseó su enemistad contra el rey de España por muchos y apartados lugares del nuevo mundo. A donde quiera que llegaba solo veía agentes sumisos de la corona, que, servidos de las facultades que se les otorgaban, no hacían sino multiplicar su hacienda

y extremar los rigores de su poder. En opinión de Aguirre ninguno de aquellos magnates merecería tanto como él, ni a ninguno le debía España tanto como lo que la espada del rebelde había descubierto y conquistado para el trono. Sin embargo, sus súplicas y reclamos nunca fueron despachados con benignidad, sino con desdén que hería el centro de su amor propio. Ante el desamparo de los reyes y el desvío de los capitanes expedicionarios que le trataban con dureza, Lope de Aguirre, secundado por una impetuosa legión de desesperados, se entregó a activa campaña desde el Perú y el Amazonas hasta Venezuela, logrando al menos, mantener bajo régimen de miedo a las gentes de las comarcas por donde pasaba como Atila, levantando una ola de terror, y ondeando su bandera negra de tafetán con dos espadas rojas cruzadas en sesgo. Indicaba con esta X amenazadora la incógnita de la ruina y de la destrucción.

Cuando se preparaba en la isla de Margarita para invadir a Venezuela, y por el Orinoco y luego por el Meta penetrar al Nuevo Reino de Granada, ordenó que antes de emprender la marcha, el capellán del lugar bendijese sus banderas en la forma reservada por la liturgia para la consagración de los estandartes de las legiones que peleaban contra los moros. Cuando avanzaba de su fortaleza hacia el templo pajizo donde se cantarían la misa y se impartiría la bendición, yendo él, arrogante y marcial, a la cabeza de su tropa, vio en el suelo una carta de baraja que, como basura, había llegado allí. Al notar que la carta representaba al rey de espadas, la manía persecutoria de Aguirre se despertó con coraje morbosos. Imaginando en su demencia que aquello no era naipe sino la viva estampa de Felipe II, su victimario incansable, ordenó alto en la marcha, y se entregó al descuartizamiento del despreciable cartón. El Padre Aguado, describe así la escena: "... mandó que en la iglesia mayor se dijese misa solemne, y saliendo él con toda su gente en ordenanza, de la fortaleza a la iglesia, llevaba la vanguardia como general; y acaso en el camino topó que estaba caído en el suelo, un rey de espadas desechado de naipes viejos, y a manera de niño o de muchacho que quiere tomar venganza de la sombra que ve en la pared, comenzó a patear aquel rey de papel, y diciendo muchos vituperios y palabras deshonestas y descomedidas contra Su Majestad, alzó el naipe del suelo y con muy grande ira y saña lo hizo pedazos, ayudándole muchos de aquellos sus soldados con otras maneras de blasfemias".

De sabor trágico es la múltiple ocurrencia con la efigie del soberano español, que anuncié para segundo término. Cuando las muchedumbres, o mejor las turbamultas se enardecen, no reparan en medios, y acometen contra cualquier objeto inanimado que les recuerde o les traiga a la mente la idea del poder que causa la protesta. En los días iniciales de la independencia, y de modo cierto, cuando se comenzó a tener noticia de la severa represión que decretaron los agentes de la Península, la ira popular tuvo un blanco preferido: el retrato de Fernando VII, o de cualquier engolado que se le pareciera, o que por algo sirviera de emblema de la monarquía. Evento de este último tipo que pudiéramos llamar subsidiario, fue el de Villa de Leiva, cuando la multitud, encabezada por Manuel José Sánchez y Juan Bautista Gómez, recordando haber visto un lienzo en la sala de recibo del convento de San Agustín con la figura de uno, al parecer, príncipe de Castilla, supusieron que era la de don Fernando VII, invadieron a la fuerza el recinto y arrancaron el cuadro del muro. La efigie no era del reinante, sino del hechizado don Carlos II, acaso copia del pintado por Juan Carreño, cuyo original se conserva en el Prado. Empero lo del nombre y su identidad era lo de menos, como que no lo llevaban sino para degollarlo en medio de clamorosa zarabanda, pateándole el rostro luégo, y prenderle fuego a lo que restara. Hiciéronlo así. La consecuencia se sabrá cuando leamos la lista de los ajusticiados en tiempo del Terror.

El *quid proquo* de Villa de Leiva, lejos de restarle significación a la simbólica venganza, la subraya y colora.

En la lúgubre relación de ahorcados y fusilados que se llevó en el Tribunal de Purificación, que funcionaba frente a la iglesia de San Juan de Dios, en Santafé, aparecen los nombres de quienes dirigieron expresiones soeces ante el retrato del rey, lo quitaron del muro de despachos y recintos privilegiados, y lo entregaron a la furia jacobina, aparecen los nombres siguientes: Manuel García, escribano de la Real Hacienda, y compañero del entusiasta José María Carbonell; Benito Salas, comandante de armas en Neiva; Fernando Salas, administrador de alcabalas en esa ciudad; Francisco López y José María López, también de Neiva. Ellos cuatro fusilados por la espalda por crimen de lesa majestad. En Zipaquirá Agustín Zapata, el adalid del movimiento e iniciador del arrastre de la vitela que contenía la imagen del monarca, por calles, plazas y muladares del

lugar, fue sometido a la triple tortura del fusilamiento por la espalda como traidor, del ahorcamiento por cruel, y del degollamiento para escarmentar con su cabeza expuesta en una jaula. Los que allí le secundaron Francisco Carate, José Gómez, Luis Sánchez y José Riaño Cortés, también fueron fusilados por la espalda.

Egidio Ponce, comandante militar de Ambalema fue igualmente sacrificado allí por la causa indicada y en la forma dicha.

El último episodio, ese sí afortunado, fue el que se produjo entre el Pacificador Morillo y el bondadoso cubano don Manuel del Socorro Rodríguez, primer bibliotecario público, y entusiasta partidario de la revolución. Como hubiesen llegado a manos de Morillo dos cartas del antillano, dirigidas a don Antonio Nariño y al presbítero doctor Nicolás Mauricio Omaña, y por esa circunstancia y otros informes, no quedaría mal llevarlo al patíbulo, se presentó el temible general en la biblioteca pública para poner en claro la conducta del bibliotecario:

—¿Es usted don Socorro Rodríguez? Preguntó desapaciblemente Morillo.

—Aquí me tiene V. E. para servirle.

—Sepa usted que tengo pruebas e informes de que usted está con los insurgentes, a pesar de haber sido traído aquí por el virrey señor Ezpeleta.

Cuenta don Manuel del Socorro que cuando se oyó clasificar como insurgente por estar en trato con ellos, perdió toda esperanza de llegar hasta el domingo siguiente, sabiendo y habiendo sido testigo del infortunio de tantos amigos y conocidos suyos. Creció su aterramiento cuando vio que el Pacificador sacó del bolsillo de su casaca, unos papeles, y tomando aires de diligencia judicial le dijo:

—He traído aquí al presbítero don Pedro Salgar, quien, como perito, certifica que estas dos cartas son de puño y letra de usted. Léalas y conteste la verdad.

Examinados los documentos, el bibliotecario confesó que en verdad esas cartas eran suyas, pero que nada contenían que pudieran comprometerle, puesto que en ambas no hacía sino

demandar inocentes favores a los destinatarios. La explicación era exacta, pero no justificaba la amistad con dos personajes revolucionarios de tanta responsabilidad.

Agrega la narración autobiográfica, que entretenido Morillo en el examen de los títulos de los libros de la biblioteca, observó que en lugar preferente de la sala de lectura estaba el retrato del rey don Fernando.

—¿Quién colocó este retrato aquí? preguntó el general Morillo.

—Yo, excelentísimo señor. Esta es la copia que nos vino el año de 1809, a raíz de la coronación de S. M., y para la proclamación que hicimos aquí en Santafé.

—Pues bien, por tener en ese sitio a nuestro legítimo soberano, rindiéndole el honor que se le debe, queda usted en amplia y generosa libertad, siempre que no vuelva a comprometerse con insurgentes.

Así salvó la vida don Manuel del Socorro Rodríguez, después de tenerla pendiente de un hilo. Así también quedó confirmado el antiquísimo signo que sirviera al Maestro Divino para desembarazarse de los fariseos que le traicionaban advirtiéndoles que donde está la imagen del gobernante está su autoridad.